



ces la hoguera, que allí hay encendida y leer algunas coplillas alusivas a los últimos acontecimientos del pueblo, se dirigen hacia el cementerio.

Los caballos, poco acostumbrados a las llamas y asustados por el estruendo de los cohetes se encabritan entre los confusos acompañantes de esta encamisada. Entre vítores a ésta y a las Animas, la mascarada se dirige al cementerio, en cuya puerta está encendida otra hoguera, al igual que hicieran sus antecesores, los quintos rezan aquí unas oraciones tras circunvalar nuevamente la hoguera.

La tercera y última hoguera o «luminaria», como por aquí se las denomina, se encuentra encendida en el patio de la ermita de Nuestra Señora de la Salud. En él vuelven a efectuar el ritual circunulatorio, beben limonada y besan el crucifijo. Tras esto continúan recorriendo las calles del pueblo, deteniéndose, de

vez en cuando, para beber el vino que algún vecino les ofrece.

Al día siguiente, festividad de la Candelaria, asisten a los festejos que se celebran, ya todos a pie. Por la mañana, en la procesión, los «lacayos» llevan la imagen de la Virgen y tras éstos, los mayordomos ocupan un lugar privilegiado junto con las autoridades del pueblo y el sacerdote. Una vez en la iglesia los mayordomos presiden la misa en lugar preferente. La imagen de la Virgen queda bajo el coro, hasta mediada la misa, llevándola entonces al altar. Terminada ésta, se hace la presentación de todos los niños nacidos durante el año anterior.

Esta fiesta de la Candelaria, de origen judío, nace de la costumbre regulada por la ley de Moisés. Según ésta, cuando una mujer había tenido un varón, debía considerarse impura durante siete días, viéndose obligada a ir al templo para ser purificada, lo

que no podía hacer hasta treinta y tres días después de haber cumplido este septenario. Si el nacido era niña, el tiempo que tenía que transcurrir era doble, ochenta días. La madre al presentarse en el templo, debía llevar en holocausto, un cordero y un palomo, o una tórtola, como medio de purificación del pecado. Si la mujer era pobre le bastaba con ofrecer dos palomas o dos tórtolas. Todos estos actos son recordados en este día en Menasalbas y otros lugares.

Terminada la misa, autoridades y encamisados son agasajados por el Ayuntamiento con un «refresco» después del cual, en la plaza, los encamisados «bailan» la bandera.

Continuaba antiguamente el protagonismo de los encamisados, el martes de Carnaval, con un ofrecimiento en la plaza. El «montante» en el centro del corro, que habían formado éstos, pedía ofrendas con una naranja clavada en un tenedor, donde el vecindario pinchaba los billetes que ofrecía a la Hermandad de las Animas.

Al día siguiente, es decir el Miércoles de Ceniza, terminaban los mayordomos su mandato. Las mujeres de los salientes realizaban el juego llamado «matar a la gallina». Consistía esta costumbre de origen medieval, en enterrar varias gallinas, dejándoles la cabeza fuera, la «mayordoma», con los ojos vendados y con la espada del «montante» debía localizarlas y matarlas; éste era el último acto de la mayordomía.

El fuego y las máscaras, sobre los cuales giran la mayoría de los actos de fiesta, tienen un claro protagonismo. En toda Europa, desde tiempo inmemorial, los campesinos han acostumbrado encender hogueras, en ciertos días del año y bailar a su alrededor o saltar sobre ellas. Las costumbres de esta clase pueden retrotraerse por testimonio histórico, hasta época romana.

Las mascaradas, en su sentido profundo, la mayoría de las veces, sirven para asegurar la buena marcha del grupo social y en este caso concreto, para conseguir la expulsión de males. La fiesta descrita, parece que surge a mediados del siglo XV, siguiendo las normas del Papa Gregorio VI, que entre otras, mandó encender hogueras en todos los lugares en que la Gran Peste había causado daño, para que con ellas se purificara el ambiente. A lo largo del tiempo, la fiesta fue evolucionando hasta que se fijó en la forma que hemos visto. ■

Pedro Antonio ALONSO REVENGA

